ANTONIO R. MONTESINOS

LA AUSENCIA DE LO QUE HA PASADO

EDUARDO HURTADO

SERVIR

Imagen de cubierta: documentación de ANTONIO R. MONTESINOS

ESPACIO F, MADRID / grupo de investigación *PRÁCTICAS ARTÍSTICAS Y FORMAS DE CONOCIMIENTO CONTEMPORÁNEAS* (Investigador principal JOSU LARRAÑAGA ALTUNA) FACULTAD DE BELLAS ARTES, UCM / sala cedida para su gestión por el MERCADO DE FUENCARRAL, y emplazada en c/ Fuencarral 45, 28004 Madrid / www.espaciof–arte.blogspot.com /

LA AUSENCIA DE LO QUE HA PASADO reúne tres proyectos llevados a cabo o iniciados por ANTONIO R. MONTESINOS entre los años 2010 y 2012: *NARRACIONES CAMINADAS, PERIMETRÍAS* y *RUTA ULTRAPOTÁSICA*

El texto *SERVIR* de EDUARDO HURTADO ha sido escrito para la exposición *LA AUSENCIA DE LO QUE HA PASADO* de ANTONIO R. MONTESINOS en ESPACIO F en MADRID, del 20 DICIEMBRE de 2012 al 14 ENERO de 2013

ANTONIO R. MONTESINOS

LA AUSENCIA DE LO QUE HA PASADO

«Sin duda alguna, los procesos del caminante pueden registrarse en mapas urbanos para transcribir sus huellas (aquí pesadas, allá ligeras) y sus trayectorias (pasan por aquí pero no por allá). Pero estas sinuosidades en los trazos gruesos y en los más finos de su caligrafía remiten solamente, como palabras, a la ausencia de lo que ha pasado. Las lecturas de recorridos pierden lo que ha sido: el acto mismo de pasar. La operación de ir, de deambular, o de "comerse con los ojos las vitrinas" o, dicho de otra forma, la actividad de los transeúntes se traslada a los puntos que componen sobre el plano una línea totalizadora y reversible. Sólo se deja aprehender una reliquia colocada en el no tiempo de una superficie de proyección. En su calidad de visible, tiene como efecto volver invisible la operación que la ha hecho posible. Estas fijaciones constituyen los procedimientos del olvido. La huella sustituye a la práctica. Manifiesta la propiedad (voraz) que tiene el sistema geográfico de poder metamorfosear la acción para hacerla legible, pero la huella hace olvidar una manera de ser en el mundo».

MICHAEL DE CERTEAU. *Andar en la ciudad*.
Bifurcaciones, julio, 2007. Santiago de Chile, 2008.

NARRACIONES CAMINADAS

A partir de las nuevas tecnologías, y utilizando el paseo como forma de apropiarse del espacio, se pretende generar un vínculo sobre el espacio público y la esfera virtual. Esta práctica produce una serie de materiales residuales que constituyen la pieza. Estos materiales son:

– Los recorridos marcados en la ciudad mediante stickers.
– Los planos que cartografían los siete recorridos.
– La experiencia documentada en una web.

Los datos para conformar esos planos están recogidos a partir de escenas cotidianas, de paseos y situaciones lúdicas. Micro-territorios y micro-realidades que conforman mapeos alternativos representando el espacio como algo que se conforma a cada paso. Toda la información recogida se puede seguir desde una web realizada con formato de juego interactivo, como si de un videojuego de 2D de los años 90 se tratase.

www.narracionescaminadas.com

PERIMETRÍAS

Perimetrías presenta una serie de guías para el paseo por diferentes ciudades (Madrid, Berlín, Roma y Málaga) que asocian el caminar con la producción y apropiación del espacio urbano. Cada plano en papel es la representación de un recorrido con forma de diferente trazado geométrico cerrado: círculo, triángulo, hexágono y rectángulo. Para su realización se ha utilizado la herramienta heredera de Google–Maps, con el objetivo final de subvertir el planteamiento básico de ésta: el de encontrarnos en el mundo que representa como mapa. Se pretende utilizar la aplicación para generar un recorrido que nos permita perdernos por sitios que nunca pisaríamos y trazar recorridos cuyo destino resulte el mismo lugar de partida. El objetivo es producir una serie de herramientas –planos– susceptibles de ser utilizadas de forma real, y capaces de producir experiencias que alejen al usuario de la idea del utilitarismo. Tanto en nuestra experiencia del espacio urbano, como en la misma gestión de nuestro tiempo. Cada uno de los planos físicos dispone de un código QR que permite enlazar éste a la web del proyecto (http://www.armontesinos.net/perimetrias/) a través de un dispositivo móvil. En la web se pueden encontrar los tracks KLM y GPX con los trayectos incorporados. Estos tracks pueden ser cargados en móviles o dispositivos GPS.

RUTA ULTRAPOTÁSICA

Ruta Ultrapotásica formó parte de la serie de actividades que realizó el colectivo Correspondencias desde Eyjafjallajökull en Murcia en diciembre del 2010, dentro del programa de eventos paralelos de la Manifesta 8, murcia.

La actividad consistió en realizar una ruta hacia la cima del Volcán de Barqueros: los restos de un cono volcánico colapsado desde la época jurásica que se conoce como el Cabezo del Morrón, a 398 m de altura. Durante la realización de la excursión se recogieron rocas y minerales relacionados con el origen ultrapotásico del volcán[1]. Esta misión extremadamente especializada y técnica se realizó de forma lúdica y amateur. Dando más importancia a la experiencia que a la finalidad propuesta. Se documentó el recorrido mediante fotografía, videos y tracks GPS. También se recolectaron rocas y se "coronó" el Cabezo de Morrón con una bengala.

Todo este proceso se muestra, en forma de instalación, mediante la documentación que se manejó para planear la expedición, una composición de fotos y planos de ésta, y el vídeo de la "Coronación del Cabezo de Morrón".

1 La denominación ultrapotásica es genuina de la zona volcánica de Murcia, y es debida al alto contenido en este elemento químico. Debido a esto no se han podido clasificar con nombres clásicos de rocas volcánicas. Este tipo de piedra también se puede encontrar, en menor medida, en una franja que abarca desde Marruecos hasta el norte de Europa por una megafalla generada por el empuje entre África y Eurasia desde finales del Mioceno hasta la actualidad.
Durante la ruta se pretendía conseguir rocas que podamos interpretar como ultrapotásicas, distinguiéndolas por ciertas características como los grandes cristales de flogopita que presentan, una mica potásica.

EDUARDO HURTADO

SERVIR

UNO

Recuerdo con nitidez mi primera gran caminata. No hacía demasiado tiempo que me había incorporado al Clan. La idea era cruzar la isla de lado a lado, como preparatorio de la ruta que haríamos al final de la "ronda" alrededor, circundando todo el perímetro. La mayor parte de mis compañeros tenían mucha experiencia, muchos de ellos llevaban juntos desde los 8 años. Para mí, que acababa de llegar, aquello era lo más parecido a una aventura salvaje.

Recuerdo con claridad el olor a humedad del local desde el que salimos. Un local que pertenecía al clan desde hacía 20 años y que estaba al pie de la colina. Las paredes estaban repintadas con esos esmaltes poderosamente brillantes, primarios. Recuerdo los baúles medio rotos, añejos, llenos de materiales de trabajo (hachas, piquetas, martillos...) que se apilaban al fondo, al lado de la biblioteca. Las tiendas de campaña tendidas, llenas de barro. Los palos labrados. Fotografías colgadas por todas partes, con gente vestida con uniforme sonriendo, posando en grupo. Los mapas. Las estanterías. Los rincones de patrulla: tigres, panteras, leones.

Era una mañana de octubre, de unos de esos otoños que empezaba a conocer en los que la temperatura seguía siendo buena y no llovía, un otoño casi tropical, en un tiempo tropical. Cargamos nuestras mochilas (la mía nueva, reluciente) en un autobús

de línea que nos llevaba al extremo norte de la isla. Éramos unos 15. Cuando llegamos lo primero que hicimos fue llenar de agua las cantimploras y atarnos bien las botas.

No recuerdo el viaje. Supongo que es uno de esos tránsitos que quedan diluidos en la emoción de los momentos posteriores. Lo que sí recuerdo son los primeros pasos, aquella pendiente empinada y la referencia del punto más alto (en la isla siempre había dos referencias para caminar: la montaña y el mar). La subida fue complicada. No sabría decir exactamente cuantas horas, pero creo que estuvimos subiendo al menos toda la mañana y que paramos a comer antes de tocar la cima. La subida fue para las conversaciones del pasado, para los recuerdos de otras subidas. Para dibujar los caminos que otras veces se habían recorrido. En ese momento, en el que ya estaba cansado, le hice una pregunta a mi monitora: —¿Por qué caminar? Ella no me respondió.

Cuando llegamos arriba reconocimos rápidamente la carretera que parte la isla por la mitad y que sube hasta la ladera del volcán. En lo más alto. Es la carretera del observatorio astronómico y la que utilizan los turistas para llegar hasta el refugio. La misma carretera que nos llevaba hasta el campamento, donde nos estaban esperando.

Sin embargo nosotros no tomamos la carretera, decidimos bajar campo a través, rodeando uno de los conos volcánicos y cruzando el barranco. Era una ruta nueva, un terreno inexplorado. Ninguno parecía querer someterse al asfalto y parecía bastante claro que había que intentar llegar por otro sendero. Los relatos de todos mis compañeros en la primera etapa del camino me hacían confiar profundamente en llegar para cenar a la zona de acampada, así que no me pareció una mala idea.

Empezamos a descender. Llegamos incluso a coger carrerilla en una de las pendientes. No tardamos demasiado en alcanzar el pie del cono. Cuando llegamos, miramos arriba. No se veía la cima de la montaña porque los pinos lo cubrían todo, y tampoco el camino. Comprobamos el mapa y rápidamente encontramos el punto exacto en el que nos encontrábamos. Empezamos a caminar en el sentido que nos indicaba la brújula, dejando el mar —ahora sí— a la derecha y subiendo poco a poco hacía el otro lado del barranco. No había camino y teníamos que empezar a andar por estrechos pasos, muchos de ellos cubiertos por la pinocha de varios años, que nos llegaba hasta las caderas. Nos empezamos a dar cuenta de que aquello no había sido una buena idea.

Cuando habían pasado más de 2 horas, y seguíamos sin ver la cima, nos topamos con una pared vertical de 5 metros que no podíamos salvar. No podíamos ir para abajo, porque había un precipicio. No podíamos ir para arriba, porque la pendiente era muy elevada. Y no podíamos retroceder, porque se nos echaba la tarde encima y nos podíamos quedar sin luz. En este punto ya no teníamos agua —porque se nos había terminado el litro y medio que habíamos calculado que gastaríamos— y sólo quedaban tres naranjas que habían sobrado del almuerzo. Decidimos escalar la pared con una de las cuerdas que llevábamos. Muchos no podían ni agarrarse a la roca, así que los que conseguíamos llegar les tuvimos que aupar.

Cuando todos conseguimos llegar hasta arriba nos sentamos, repartimos la poca agua que nos quedaba y repartimos un par de gajos de naranja para cada uno. Ante nosotros se tendía el barranco, la sombra de la montaña, el océano y el mar de nubes anclado en la ladera del volcán. Teníamos la certeza de que allí, en ese punto, no había estado una persona jamás. Quizá algún nativo, antes de la llegada de los colonos. Sabíamos que éramos los primeros en escalar aquella pared, en pisar esas rocas. Nadie dijo nada. Estábamos en silencio, saboreando el dulzor de los dos trocitos de naranja, perdidos, mirando aquel paisaje. Entonces mi monitora se giró, me miró y me dijo: —Aquí tienes un motivo para caminar.

DOS

El invierno murciano nos convocó a un grupo de artistas en torno a un proyecto que nos parecía emocionante. Pretendíamos indagar en la construcción del relato europeo a partir de ciertas experiencias colectivas que tensaban de alguna manera los puntos clave, a nivel teórico, de esa razón de ser "Europa". Veníamos de un trabajo anterior fallido, basado en correspondencias postales y en una especie de volcado de información sin filtro en un formato de metacomentario web. Humo, en definitiva. Lo de siempre. No habíamos hecho nada más que pertenecer a un flujo atrayente de factores de seducción curricular que, sumados, nos convertían en algo que parecía importante. Ciertamente lo éramos —o lo somos— pero no tanto por la valía de nuestros trabajos, como por el sentido de nuestros planteamientos, por la dirección de nuestras acciones. Tere, Carlos, Regina, Lucía, Loren, Javi, Antonio y yo. Una panda peculiar sin objetivo concreto qué,

con un nombre bastante rimbombante, se había puesto a danzar al son de una dinámica que a ninguno parecía convencer, pero que nos convertía en algo en potencia. Es decir, algo que para mí era –y es– mucho más importante que cualquier cosa que pudiésemos hacer más tarde. Algo que tenía posibilidad de ser y nunca obligación de nada. Sólo potencia. Casi nada...

En medio de todo eso cada cual propuso una serie de ejercicios que tenían que ver con esa potencialidad de la cosa/causa. Las dos cosas que más explosivas –mentalmente– pudieron ser para todos –creo– fueron la propuesta de Javi de ir en barca a aguas internacionales (en esa retórica, que tanto me gusta en él, de someter al otro a una situación desconcertante) y la de Antonio, que era más sencilla –pero más poética– que era recorrer a pie una senda relativamente sencilla y hacer cima en lo alto de un extinto volcán de la zona. La idea, básicamente, era devolver el fuego perdido a aquella montaña con una bengala de emergencia. Los dos ejercicios que planteaba Antonio (caminar a pie y hacer cima) tenían mucho que ver, si pensamos en términos de construcción de narrativas desde el tránsito, pero uno se resolvía desde lo material y otro desde lo simbólico. Me quedo más bien con lo primero. Aquello de poner en alerta a los servicios de seguridad local tenía su punto, pero lo brillante de aquella actividad/ruta/paseo fue la puesta en marcha de una especie de narrativa interna en la que cada uno encontró la forma de llegar, o de no llegar, hasta la cima del volcán. A diferentes ritmos desacompasados, el volcán se convirtió en la metáfora inerte de lo que más tarde sería el proyecto de trabajo colectivo, de la potencia, al hacer aflorar el hecho de que unos subiésemos y otros no. Que unos se lesionasen y otros se encontrasen una cabra escondida. Que unos realizásemos la propuesta de Antonio con meticulosidad y algunos se diesen media vuelta y volviesen al punto de arranque.

Antonio subió a la cima del viejo volcán. Subió a la roca más alta. Agarró una bengala. La encendió y llevó a cabo su ejercicio de sostenimiento del humo rojo hasta que el fuego se terminó, la bengala se acabó y los que grabábamos dejamos de registrar el momento de épica para la posteridad. Marcar un lugar con humo. Lo que tuvo que pasar después, con todos sus aciertos, es algo que queda para nosotros como grupo, y que forma parte de la experiencia de ese proyecto. Lo que sí puedo decir es que aquella subida al volcán, ese caminar potencial ultrapotásico, nos hizo mejores.

TRES

Vivimos en espacios que están absolutamente connotados desde un punto de vista social y político. Nuestra cotidianidad se sitúa en lugares que son narrados previamente por una serie de discursos que construyen nuestros hábitos, nuestras formas, nuestros lenguajes, nuestros atributos e incluso nuestra forma de movernos.

Hay una relación entre lo postural y lo mental, entre lo corporal y lo emocional que tiene que ver con una suerte de elementos mezclados que definen, por ejemplo, que tal patrón de empuje se articule sobre tal patrón de comportamiento.

Andar, si es que andar es emprender la marcha, suele estar codificado bajo el estricto control del tránsito funcional. Uno anda para ir de un sitio a otro. Uno camina para ocupar el espacio que va desde lo público a lo privado, y viceversa. Para ir de casa al trabajo, del trabajo a casa. De casa a comprar, de comprar a casa. Puede que incluso uno camine para caminar, pero no como gesto, sino como acción sistematizada en el estricto espacio del ocio... Uno camina, entonces, porque tiene que caminar. Y poco más.

Pero caminar es otra cosa. Caminar, cuando es gesto, es una activación del patrón de la marcha que responde, simplemente, a la activación del patrón de la marcha. En ese momento, cuando la acción está desprovista de significado, caminar se impregna de un sentido político dirigido a convocar a lo improductivo. Es entonces cuando se dibuja el territorio, cuando el sujeto dibuja el territorio y cuando el territorio aparece sin mediación de los discursos. En ese preciso instante, porque a veces es solo un instante, caminar es caminar y no es otra cosa. Ahí está el camino.

No es perderse. Perderse indica que se está buscando algo. Buscar no sirve. Tampoco sirve Hallar. Es Encontrar, en todo caso. Porque Encontrar implica casualidad, implica que no se estaba buscando nada. Encontrar se parece más a caminar, porque también es gesto a veces.

Caminar, cuando es algo que no sirve para nada, cuando solo sirve para caminar, para invocar al camino, supone el acto más sublime que el hombre puede llevar a cabo. Hay algo en Caminar que pertenece a un momento de las cosas que está fuera de ellas.

Caminar, es como hacer Tiempo, o hacer Piedra. Son cosas que no están cuando las nombras, sólo cuando "están" por sí mismas, cuando tienen lugar. No es nada metafísico porque en cualquiera de los casos se da en un espacio, en un lugar, tiene una dirección material y concreta. Caminar existe. Caminar no es infinito. Caminar es marxista.

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más.

CUATRO

Antonio y yo tenemos muchas cosas en común. En los últimos años hemos coincidido en varios trabajos y topado con problemas que también son comunes. Considero que parte de mi manera de estar en el arte tiene que ver con la manera en que he aprendido a estar en el arte gracias a él. Supongo que es esa relación la que le ha llevado a pedirme que escriba algo para hablar de su trabajo.

No quiero ponerle nombre a cosas que Antonio no nombra, porque ni tengo ese derecho, ni considero que esté en una situación en la que pueda nombrar absolutamente nada. Por otro lado creo que el corpus teórico que maneja Antonio está perfectamente claro y las referencias, a nivel conceptual, son muy nítidas (simplemente decir Benjamin, flanêur o situacionismo, para colocarnos en una especie de nube que lo recorra todo) por lo que todo lo que puedo añadir será menos de lo que él sabe, y escaso en relación a lo que bibliográficamente existe. Además, el trabajo de Antonio tiene que ver con la experiencia, no sólo con la teoría.

Antonio es un tipo que a mí me ha hecho crecer. Antonio es un artista generoso en cada proyecto. Eso no es decir poco, porque la mayor parte de las personas que conozco y trabajan en esto –incluyéndome en ese saco– son personas absolutamente egoístas. Es decir, entender el trabajo del arte como el resultado de un proceso de entendimiento contigo mismo, sin pensar más allá, es un acto profundamente egoísta. Bueno, porque sirve para uno, pero egoísta al fin y al cabo. Y es que Antonio no lo entiende así –cosa que a veces me he hecho discutir con él–, lo entiende desde la posición contraria, en la que el arte se hace para qué, desde una situación de "camino", aquello que ocurre

en uno quede a disposición del otro. Seguramente, echando un ojo a sus trabajos, a su trayectoria, a sus dosieres o a los textos que otros han escrito sobre él, me queda la sensación –y así se lo he dicho– de que hace mucho porque lo que lleva a cabo se pueda explicar. No quiere dejar nada en el tintero de la posibilidad, no quiere dejar preguntas sin responder... Pero, sobre todo, no quiere que otros digan cosas que no están nombradas por él. Es exigencia, y es posición política, firme y ejemplar (la idea misma de autoridad, que yo tanto imploro). Y lo bueno, además, es que a cambio de eso exige un nivel de implicación a quién está mirando muy importante. No vale con hacer ese murmullo de contemplación que a veces lleva a equívocos porque hay gente que dice que está mirando, cuando en realidad tiene los ojos cerrados. Frente al trabajo de Antonio hay que hacer. El trabajo de Antonio ha de recorrerse. Y eso también es autoridad.

A mí esto me parece agotador para él, pero me parece que se acerca mucho a esa idea de mediación, de intermediario, que tanto necesitamos. A lo mejor es que Antonio es un agente de activación, puesto que coloca lugares en el punto de mira. Para mí eso está cerca de lo que aprendí en el Clan sobre el servicio, la ruta y la comunidad. Antonio es capaz de aportar motivos más que causas. Así que si lo que tengo que hacer es resumir, o anotar, el trabajo de Antonio no se me ocurre otra palabra mejor que "responsable". El trabajo de Antonio es un trabajo responsable. Un trabajo que sirve al lugar en el que se inscribe y a las personas –no a los públicos– a los que se dirige.

EDUARDO HURTADO, DICIEMBRE 2012

www.armontesinos.net
eduardohurtado.com
espaciof–arte.blogspot.com

ESPACIO